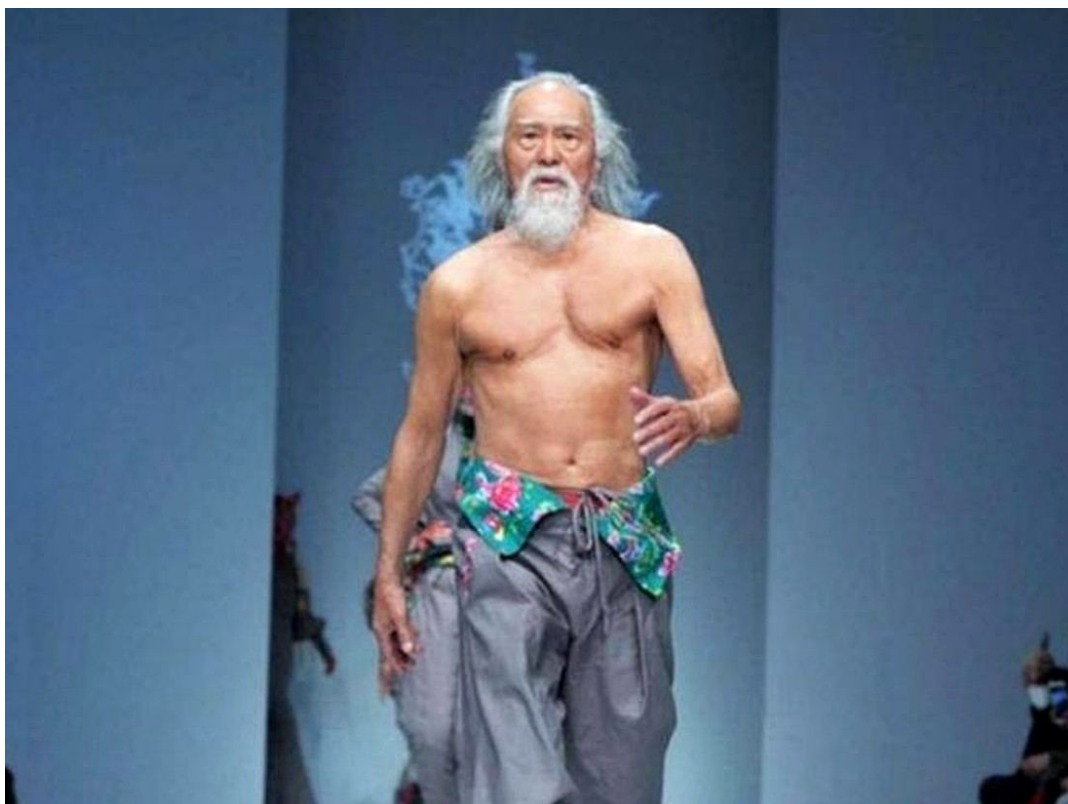




Gillette, Frega y L'Oréal

Gillette Trailer 32 — Nando el Escriba

gillettenarrative.com

Una noche, en el hotel, acababa de regresar de mi ronda de visitas y ventas, y mi padre había hecho lo mismo: usábamos el mismo hotel para estar juntos un poco, ocurría alrededor de una semana cada cuatro meses.

A nuestra mesa se acercó un simpático colega llamado Giorgio, responsable comercial de L'Oréal que había asumido la tarea de organizar la distribución en la GD: estaban pasando de las perfumerías hacia los supermercados, mientras su mercado histórico permanecía donde eran fuertes: productos y cosmética de corola.

Había salido hacía poco del hospital, tras padecer la enfermedad de Crohn. Era joven, cuarenta y cinco años, pero se notaba que no estaba en buenas fuerzas.

Me preguntó cuál era mi ruta para el día siguiente, y si podía presentarle a mis clientes, ahorrándole los mapas de las calles y agilizando su trabajo: lo intentaríamos.

Mi padre no dijo una palabra, y permaneció callado, lo que significaba que aprobaba; de lo contrario habría dicho: «Nando, escucha, tenemos que hablar», que era su manera de decir: pero ¿qué diablos estás haciendo?

Giorgio y yo nos hicimos amigos, y anduvimos juntos en las rondas de clientes durante casi dos años, aunque nunca más de una semana al mes.

Cuando, en el 88, Gillette decidió crear dos divisiones de producto —Afeitado y Cuidado Personal—, me di más cuenta de que vender artículos de higiene era un trabajo más duro. Luego, en el 89, volví a Afeitado, y él me fue de gran ayuda: aprendí mucho de L'Oréal, aunque nunca vendimos productos que compitieran entre sí.

Tras dos años de andar con Giorgio, pasaron muchas cosas, pero solo recuerdo dos que de verdad importaron:

Un cliente mayorista, un joven licenciado, nos recibió en su despacho y dijo: «Los he llamado a los dos porque necesito sus productos». Giorgio se levantó y caminó hacia la salida para comprobar el letrero de fuera, y el joven, sorprendido, preguntó qué ocurría. Volvió a entrar, sonriendo: «Tuve la sensación de que nos habíamos equivocado de sitio, de que en vez de al despacho de un cliente habíamos entrado en la jefatura de policía». Aquello arrancó una larga carcajada, y después todos se enteraron y sonreían cada vez que nos veían.

Luego, un día, alguien de Milán me llamó, pidiéndome amablemente que dejara de ir por ahí con mi colega de L'Oréal, porque la división de Cuidado Personal de Gillette no vendía champú, y la culpa era de Frega, por vender L'Oréal. Ajajajajaja.

Un día fuimos con Giorgio a ver a un mayorista de alimentación. Cuando le dije que me llamara Frega y que representaba a Gillette, me recibió con los brazos abiertos: me estaba esperando. Cuando le llegó el turno a Giorgio y dijo que era de L'Oréal, el mayorista le rogó que volviera otro día, pues acababa de descargar dos camiones de aceite. Giorgio replicó al instante: «¿Aceite de semillas o aceite de oliva?». El cliente dijo: «No se preocupe, compraré los dos. Vuelva y le haré el pedido: le echaré una mano. Frega no necesita ayuda».

Murió joven, a los cincuenta y dos. Y para darle las gracias, puse su nombre a mi hija —Giorgia—, para que su recuerdo se quedara conmigo para siempre.

Ciao, Giorgio.

Ferdinando